



JAVIER BLÁNQUEZ

La pasada semana, a raíz del intercambio de epístolas entre Rajoy y Puigdemont, personajes agresivos a los que no se les presupone una prosa en exceso cultivada, nuestro compañero Daniel G. Sastre recordaba en estas páginas que hubo una época, hace algo más de un siglo, en la que las cartas y las postales atravesaban con palabras de afecto las tierras de Cataluña y Castilla, y citaba la intensa comunicación que existió durante más de diez años entre Joan Maragall y Miguel de Unamuno. «Ay, amigo mío (deje que le llame así)», comenzaba Maragall en una carta fechada el 1 de junio de 1900, a lo que el filósofo replicaba, aludiendo a esa amistad en construcción, que «así tenía que ser, y lo que tiene que ser al fin es». Y a continuación escarbaba Unamuno en el mínimo común denominador —«creo que comulgamos en un culto, y es el culto a Goethe»—, justificando así los afectos con la cultura, y estrechando los lazos a partir de las cosas verdaderamente importantes.

Si Maragall y Unamuno pudieron hablar e intercambiarse libros, poemas, ejemplares de periódicos, notas en revistas y direcciones de escritores a los que admiraban por igual, esto demuestra que comunicarse no debe ser tan difícil. La lectura del *Epistolario*, que hace unas décadas circuló por las librerías en diferentes ediciones, permite sacar una conclusión evidente a la luz de nuestra actualidad: si un catalanista moderado como Maragall, que escribía con énfasis aquel «Visca Espanya! —vol dir que l'Espanya visca —enteneu?—, que els pobles s'alcin i es moguin, que parlin, que facin per si mateixos, i es governin i governin»— podía encontrar firmes y afectuosos espacios comunes con Unamuno, el *noventayochista* conservador, entonces el problema no es tan gravísimo, ni antes ni ahora.

Unamuno y Maragall compartían lo que más tarde Ortega identificaría como el dolor, o el ser, de España, que no es estar afectado por la ruptura del estado, sino estar francamente decepcionado por lo mal que lo hace el personal en todas partes. En ese aspecto, las cartas de ambos escritores se leen como el desahogo o confesión sobre un hombre amigo de la frustración por ver cómo, por un lado, aún hay demasiadas actitudes trogloditas que condenan al pueblo a un retraso en la llegada del estado más avanzado de la civilización, y cómo por el otro se tiende hacia el egoísmo en lugar de apostar por la colaboración y la hermandad, que tan beneficioso suele resultar. ¡Pelillos a la mar, carambanos! Unamuno recomendó a Maragall para que escribiera artículos en *El imparcial*, y se ganó el respeto de éste al leer el catalán casi tan bien como leía el inglés y el alemán, hasta el punto de traducir *La vaca cega*. Maragall, entonces, comprendió que no había una España hostil, sino españoles cretinos sueltos, como siempre.

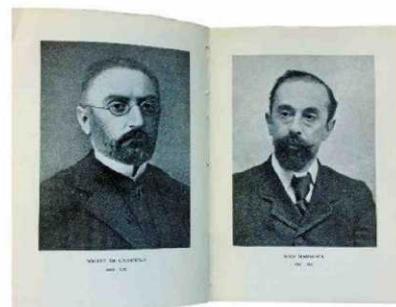
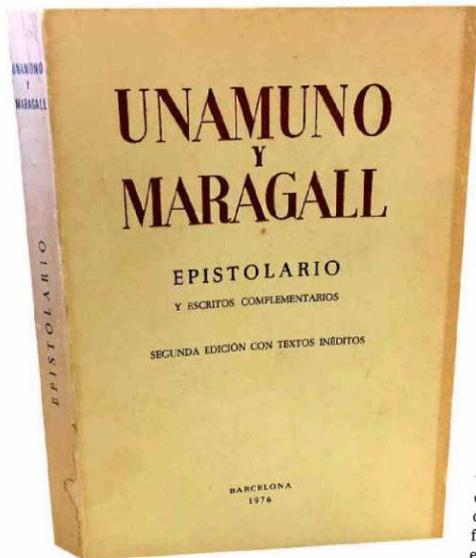
A medida que avanza el epistolario, y se acerca a las vísperas de la Navidad de 1911 —Maragall falleció el 20 de diciembre—, las cartas se van leyendo como piezas indisolubles en la construcción de una hermosa amistad, como la del final de *Casablanca*. De la preocupación inicial —qué es España y cómo debería ser Cataluña dentro, el anhelo de europeísmo y el descontento por una administración ineficaz y un sistema político artrítico, gotoso, con las instituciones osteoporóticas—, el diálogo pasa a la cultura, al terreno compartido de las letras, las ideas y los gustos, y más tarde a la familia: los dos hombres hablan sobre cuánto le deben a sus cónyuges, cómo el matrimonio por amor es más sólido que cualquier alianza de intereses, hasta que finalmente la amistad cuaja un discurso en diferentes dimensiones en el que se integran sentido de estado, lealtad familiar, gustos literarios —Novalis, Sófocles— y debate intelectual. De altura, como los de antaño.

El *Epistolario* concluye con una coda: al enterarse de la muerte de Maragall, Unamuno dirige las siguientes cartas a su viuda. «Mi mujer me ha visto llorar al leer el telegrama», le confiesa a Clara Noble, a quien adjunta copia de las cartas de su difunto marido en vistas a incluirlas en una edición de sus obras completas, y solicita las propias para que consten en los archivos de la universidad de Salamanca, de la que Unamuno era rector. Tres cartas sentidas a la viuda en tres años, hasta 1913, que cierran un intercambio de genio y afecto con moraleja: desde la inteligencia la comunicación no sólo es posible, sino fácil, pan comido.

OBJETOS PERDIDOS

UNAMUNO,
MARAGALL Y
EL DOLOR DE
LAS ESPAÑAS

Entre 1900 y 1911, año de la muerte del gran poeta catalán, Joan Maragall y Miguel de Unamuno se intercambiaron cartas, libros, ideas y afecto. En su correspondencia debatieron sobre lengua, cultura y acerca de un aspecto hoy apenas existente en el diálogo entre Cataluña y Castilla: la hermandad y la búsqueda de un espacio unido.



Unamuno respondía al tipo de intelectual, o de ilustrado, o de hombre de amplísima cultura, que sabía leer con soltura el catalán. «Trozando en los troncos de cabeza, / hacia el agua avanzando despacito, / del todo sola va la vaca. Es ciega»: así fue como tradujo 'La vaca cega', el mejor poema de Maragall, con algunos errores que el propio

ARTÍCULOS
Y POEMAS

Maragall apuntó con educación exquisita, y que Unamuno se apresó a corregir. «Donde decía 'despacito', comentaba, incapaz de prever la aparición de Luis Fonsi más de un siglo después, «he puesto 'vagarosa'». O sea, que su catalán no era como el de Aznar, de circunstancias e impostado, sino un catalán en proceso de mejora. Era el conocimiento del catalán, y el excelente castellano que escribía Maragall —sin esas faltas atroces que incluye Artur Mas cuando redacta panfletos para 'El País'—, lo que allanaba el camino para el entendimiento, y llega un momento en el que Unamuno comprende que Maragall es un intelectual de altura que puede dar una idea moderna, integradora y con anhelo de futuro en Madrid, y consigue que comience a publicar en la prensa de la capital, donde ya lo hacían también otros escritores 'periféricos' como Ramiro de Maetzu o el joven Baroja. Así, Maragall escribió 'La patria nueva' en 'El imparcial', que gustó mucho y en Barcelona, curiosamente, nadie le acusó de 'botifler' en Twitter. Al final, resulta que el debate de altura, cómo no, eleva mucho, y la reyerta a navajazos embrutece y convierte a las personas en poco menos que animales de bellota.



Este 'Epistolario' no se reedita, que nos conste, desde 1976. La primera impresión es de 1951 y es un libro raro y razonablemente tasado: no se dispara obscuramente, ni tampoco es una ganga. Lo preocupante es cómo este intercambio de piropos y pistas humanistas ya no suscita ningún tipo de interés: al final será verdad que la desconexión entre Cataluña y Castilla es una cosa real, y a nadie le importa un bledo ya lo que hagan los vecinos, a diferencia de lo que pasa en los pueblos y en algunas comunidades muy cotillas. Igual estaría bien que reapareciera en las librerías, que se leyera, que animara a pensar. O que hicieran una serie, que es lo que la gente consume hoy.